

Compendio

Vol. 5



Taller de escritura
de Ceci Gomez Rosati

Diciembre 2025

TABLA DE CONTENIDOS



01 Carta de la Editora

de Ceci Gomez Rosati

02 Reencuentro

Un cuento de Carolina Valle Durán

03 Soledad y el viento

Un cuento de Carolina Valle Durán

04 Lo imperceptible

de Cintia Panella

06 Estrellas

de Cintia Panella

05 El olor a ti

de Ruth Estrada Nicolás

07 Agosto

de Ruth Estrada Nicolás



CARTA DE LA EDITORA

Empezamos siete, terminamos cuatro. ¿Y qué dice eso de un taller? En el medio pasa la vida: sobrinos que cuidar, un cambio de horario laboral, un nuevo compromiso que aparece. Y a pesar de todo, este es el espacio que elegimos y que se sostiene por meses.

Alguna de las autoras que participó del taller me confesó que tenía un bebé pequeño y que este taller se transformó en su único momento realmente propio en la semana. Otra, a pesar de ser una gran artista plástica, llegó tímidamente dispuesta a escribir sus primeras líneas de narrativa, y sin dudas dejó brotar todos sus colores en palabras. Otra de las participantes, mexicana y que escribía desde España, escuchó a sus compañeras leer los textos mientras caminaba por las calles de un pueblo de 800 años, con teléfono en mano y cámara prendida, para llegar a tiempo a su trabajo sin perderse ni una palabra de cada historia.

Cada experiencia del taller es única. Y cada persona que lo atraviesa deja una huella en el espacio, y en mí a través de su escritura.

Ver la narrativa de cada autora crecer encuentro tras encuentro, es algo que me conmueve, pero sobre todo, me enseña.

Este grupo de mujeres exploró géneros literarios, estilos, y sobre todo, exploró su propia pluma. Porque **¿qué es la escritura sino sacar algo propio y llevarlo al papel?**



Algo propio que puede ser un interés, un recuerdo transformado, un dolor, una alegría o una duda. La emoción hecha palabras. La vivencia hecha cuento. Y al final, un esbozo, una foto del recorrido, hecha *Compendio*.

Los y las invito a leer este *Compendio*, que ya es el quinto, con el espíritu de quien se lanza a la aventura. Porque si bien me lamento por las personas se dejaron en el camino, valoro la huella que cada una imprimió en el proceso. Y creo que este conjunto de narraciones condensa un reflejo de ese camino personal y único que creamos juntas cada jueves.

Si nunca escribiste, si ya lo hacés, si querés un sostén, te invito a sumarte. Este espacio está abierto para vos.

Ceci Gomez Rosati

Escritora, tallerista y editora de *Compendio*



REENCUENTRO

Un cuento de Carolina Valle Durán

Dicen que el aire puro tiene un poder sanador para el cuerpo y la mente. Que estar rodeada de naturaleza, de vegetación silvestre, de parques nacionales con poca construcción hace magia en la vida de uno. Que así sea.

Es la primera vez que viajo sola, nunca me había animado, o no lo había necesitado. Fueron meses largos, de profunda angustia y un lento proceso de sanación, que aún no alcancé. Principalmente porque sigo sin entender cómo mis padres fueron tan egoístas. La muerte los llamó, uno tras otro, tras meses de hospitales y dolor, y me dejó atrás: siempre fuimos por la vida de a tres, ¿por qué no me invitaron a la muerte mí también?

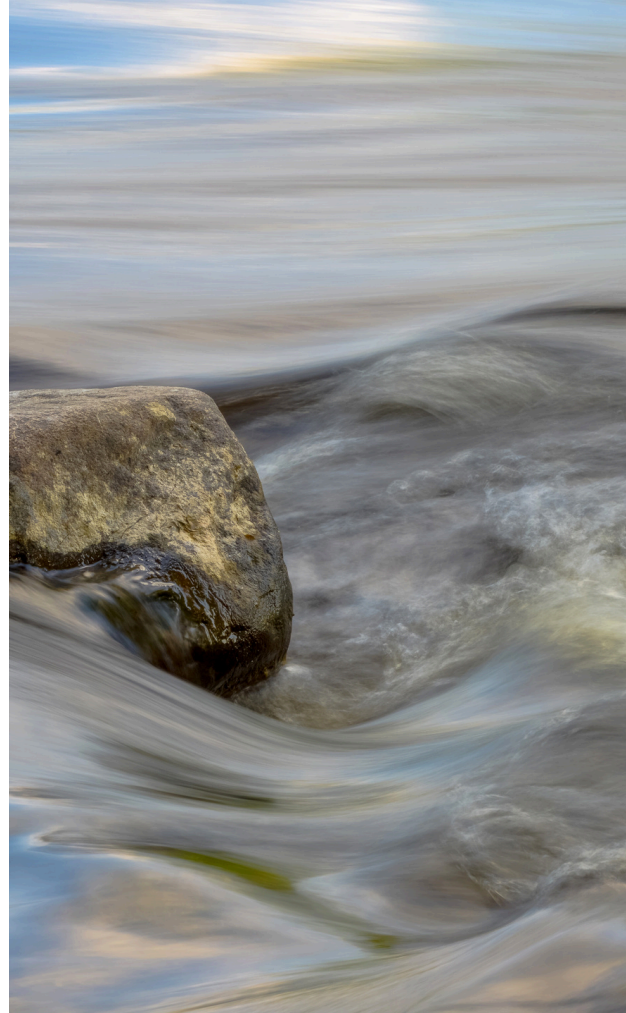
La pregunta sin respuesta me obligó a tomar valor, armar el bolso y marcharme con la carpa (y la poca valentía que hay en mí).

Dicen que siempre hay que volver a ese lugar donde fuimos felices.

No puedo evitar que mis ojos se inunden de lágrimas que no quieren caer y reflejen a la perfección el soñado paisaje del sur. Me pregunto cómo una playa de arena volcánica negra, con un lago color azul profundo, y bosques tan tupidos que generan oscuridad absoluta, pudieron ser el escenario de mis recuerdos más felices.

Ya con la carpa armada e instalada en el camping, decido acercarme a orillas del lago a admirar la imponente naturaleza que se despliega frente a mí. El Nahuel Huapi infinito, coronado por grandiosas montañas, vestidas de pinos del verde más puro, y un sol que se refleja en el lago que le sirve de espejo. Una pintura que se repite todo a mi alrededor.

Alguna vez escuché que la barba de viejo, esos pelos verde musgo que cuelgan de algunos árboles, solo sobrevive en ambientes con aire puro. Si es cierto o no, realmente no lo sé, pero rodeada del bosque más puro que conozco, tampoco lo dudo. Es por eso que, entre el



“

Siempre fuimos por la vida de a tres, ¿por qué no me invitaron a la muerte mí también?

”

silencio y mis nervios, respiro hondo y dejo que ese aire llene mis pulmones.

La oscuridad se hace esperar en estos días de verano, cuando el sol se esconde detrás de las montañas a las nueve de la noche. Aprovecho la luz para comer mi lata de atún fuera de la carpa, y entro temprano, cansada de las 20 horas de viaje en ómnibus.

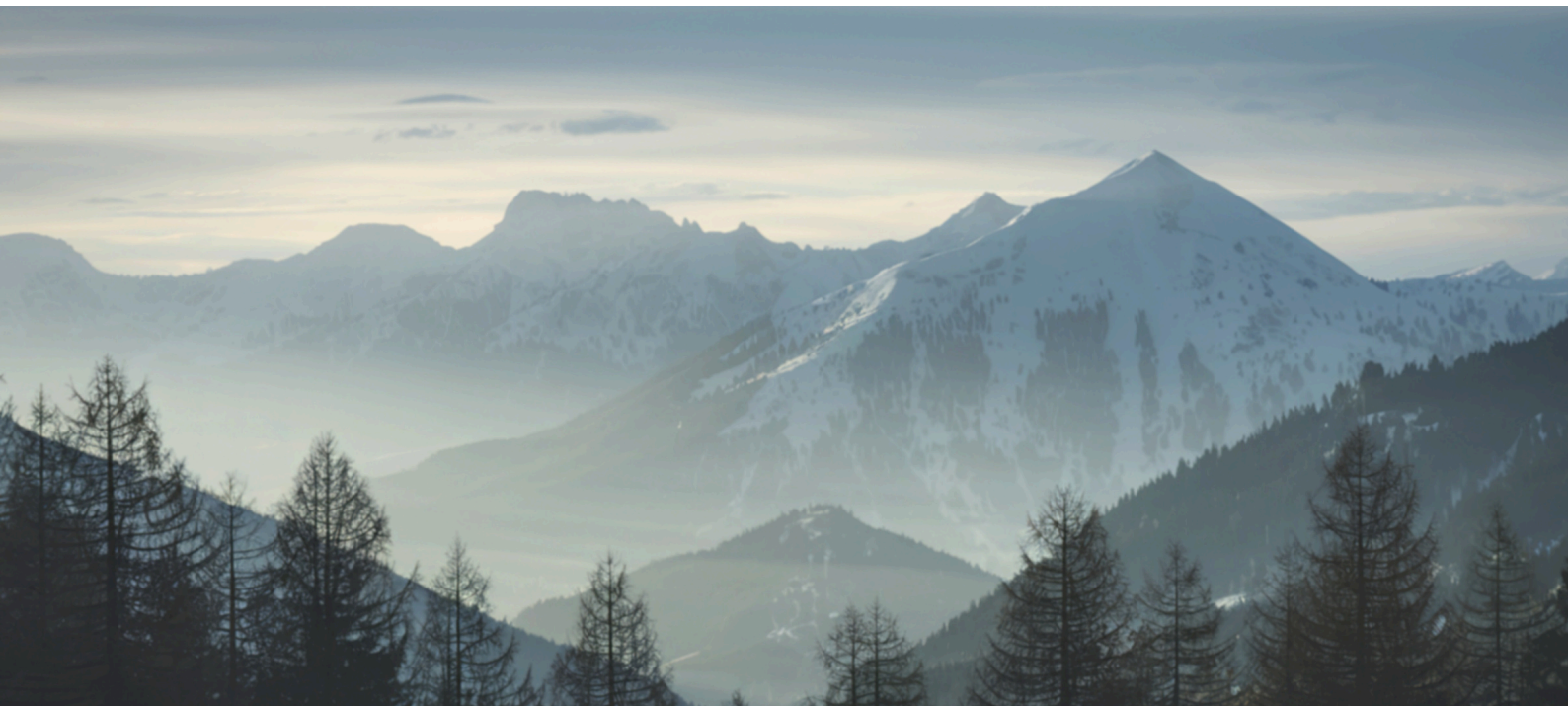
Cierro los ojos pero estos parecen despejarse, las lágrimas deben tener este efecto antiadherente. Doy vueltas en mi bolsa de dormir, pero ¿y esos ruidos? Me inquietan. Desconozco qué animales silvestres puede haber acá, o si será peligroso; con mis padres íbamos a un *apart* más civilizado, y ser inexperta en acampar me empieza a generar miedos y dudas. Quizás me equivoqué, debería volver a la ciudad.

Empiezo a recordar las leyendas del Nahuelito, ese monstruo que vive en el lago, que siempre pensé eran mentiras para asustar a niños traviesos, pero hoy siento que todo puede ser real. Decido ponerme la campera que dejé a mi lado y salir a cerciorarme de que realmente no hay nada o nadie fuera de mi carpa.

La noche estrellada que se refleja en el lago inmóvil me hipnotiza. La brisa es leve, un terciopelo de verano, casi que me acaricia los cachetes y tobillos que dejé expuestos. Y los ruidos que antes me asustaban, ahora me consuelan. No hay nadie, aunque a alguien siento.

¿Mamá? ¿Papá? ¿Están ahí?

Empiezo a caminar, siento como las piedras volcánicas se clavan lentamente en las plantas de mis pies, y mis dedos ingresan poco a poco al lago helado que me eriza la piel.





SOLEDAD Y EL VIENTO

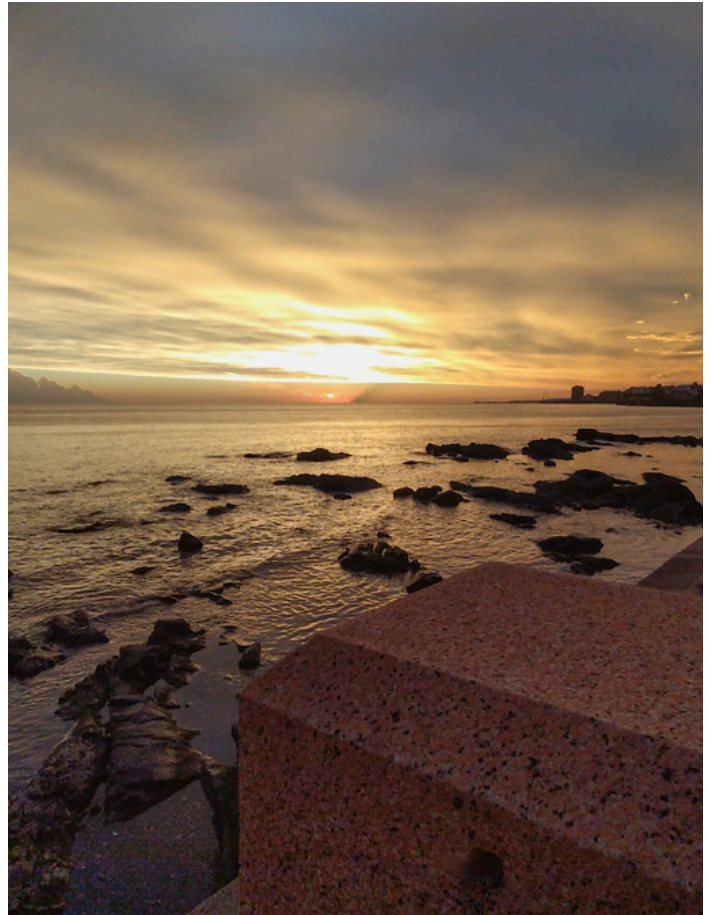
Un cuento de Carolina Valle Durán

El casamiento fue hermoso. Creo que nunca es exactamente como uno lo espera, la expectativa muchas veces supera la realidad, pero fue una alegría inmensa haber celebrado nuestro amor junto a nuestros seres más queridos.

Llegué con un novio y me fui con un marido. Un nuevo capítulo. Ese día nos cambió los títulos, y el código postal. De la búsqueda de un hogar me ocupé yo, "es tu tarea construir el nido" dijo su abuela, lo cual me molestó pero fue la realidad. Él comenzaba un nuevo trabajo, el motivo de nuestra mudanza, y me tocó a mí encontrar el departamento en esta nueva ciudad.

Ocupé mis días desarmando cajas de mudanza y poniendo orden, definiendo el lugar para cada cosa. Mi especialidad. Y en la soledad de mi nuevo hogar me tocó abrir nuestros regalos de casamiento. Eran pocos, no se estila ya ese tipo de regalos-objeto, pero disfruté de esa nostalgia y recuerdo del feliz día de la boda. Un espejo redondo, que decidí quedará en el comedor; una simpática tetera, que lavé y guardé en el mueble; una llamativa vasija naranja, con base pequeña y boca ancha. Naranja no es mi color, sinceramente, y el color y la forma angular me hacen pensar si será una pieza de art decó o similar. Pero buscándole lugar para ubicarla noté que tenía agujeros en el fondo, así que en mi próxima compra traje una pequeña planta de flores blancas para plantar en la nueva maceta.

Esta ciudad es más ventosa de lo que estábamos acostumbrados. Me acordé de una vieja colega que tenía fobia al viento, y



pensaba que ella no podría vivir aquí. Nosotros sí, aunque las ráfagas que me vuelan los pelos no son de mis cosas preferidas.

El viento trajo consigo días grises, fríos y desolados. Mi marido pasaba cada vez más horas en la oficina, y yo cada vez más minutos mirando el reloj. Hasta que, un día de esos en los que el viento parece querer meterse dentro y hace silbar a las ventanas, escucho un crash y salgo al balcón. La maceta naranja estaba acostada en el piso, sus pedazos alrededor. Se había tirado como si tuviera vida propia, porque las demás macetas estaban firmes a su lado.

No me gustan las cosas rotas y menos aún un recuerdo del casamiento, era tan nueva. Traté de pegarla con el pegamento que encontré en la caja de herramientas, pero era indisimulable.

Él ni se dio cuenta.

Pasaban los días, y mi nuevo pasatiempo era asomarme al balcón a ver cómo se encontraba, como si fuera un paciente en recuperación. Ni

“

La primavera se hizo presente y la maceta, con sus heridas y su belleza naranja, seguía allí, firme.

”



aunque la gire se disimulaban sus heridas. Y la que había sido una linda plantita de flores blancas pasó a ser un cuerpo seco y sin vida.

Ya ni siquiera las plantas querían pasar tiempo conmigo.

No tenía más opción que esperar, seguir viendo las manecillas del reloj, seguir aguantando aunque no pareciera haber luz al final del túnel. Los días se hicieron más largos y la ilusión de un nuevo amor parece que se la había llevado el viento. La maceta seguía allí, herida, ¿debería tirarla de una vez?

Las semanas pasaron, y poco a poco los días lucían más horas de sol, y aunque el viento seguía allí despeinándome, la vitamina D me levantaba poco a poco el ánimo. Empecé a salir del departamento, a caminar, a leer en la plaza. A veces se me pasaban las horas fuera de casa y no llegaba a tiempo a cocinarle, y lo cierto es que no me importaba. Podíamos cocinar juntos tal vez.

Volvía energizada de mis salidas al aire libre y, las veces que él ya estaba en casa esperándome, no se lo veía molesto, a diferencia de lo que yo hubiera esperado. En lugar de esperarlo con la mesa puesta y hablar brevemente entre bocados, empezamos a disfrutar del proceso juntos; amasar la pasta lado a lado, salir a cenar a lugares nuevos, esperar que se haga la carne al horno compartiendo cómo había sido nuestro día. Y nos volvimos a reír, así de fuerte como en nuestra boda, cuando se le cayó toda la copa de vino encima mientras bailaba.

La primavera se hizo presente y la maceta, con sus heridas y su belleza naranja, seguía allí, firme. Le crecieron nuevas hojas verdes que hasta taparon las ramas secas. Apareció una florcita, y luego otra, hasta llenarse de blanco; como un tocado de novia.

Hay esperanza para todos.





LO IMPERCEPTIBLE

Un cuento de Cintia Panella

El sol de la mañana atraviesa el vaso violeta que quedo sobre la mesada la noche anterior. Hacia que apareciera una danza de luces sobre la puerta de la heladera .

Esta mañana nos regaló sutilezas desde que puse la pava para el mate. Las luces violetas me llevaron al jardín buscando mas maravillas imperceptibles. ¿Imperceptibles ?

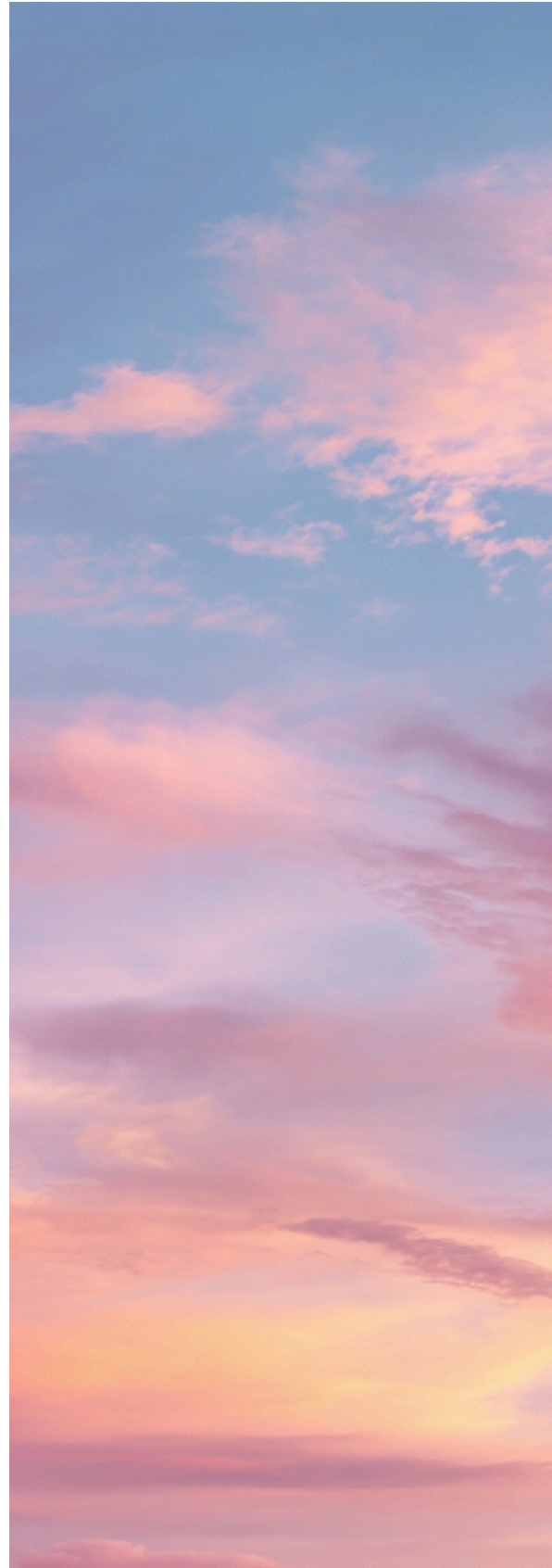
Afuera al lado de la cocina entre flores amarillas, blancas, rojas, naranjas, decidí sentarme con cereales y mate a desayunar a la caza de nuevas sutilezas para descubrir.

“Ahhhh ... pero si parece un pedacito de la Toscana ”
la voz femenina fuerte del otro lado de la calle viene cruzando hacia mi con su pelo de fuego que hace que lo mirara como una de las sutilezas que quiero descubrir esta mañana y no como una intromisión a este amanecer de búsqueda de maravillas imperceptibles. ¿Imperceptibles ?

Pongo más sillas alrededor de la mesita circular rodeada de flores. Estamos sentados en un abrazo de colores y aromas que suavizan el parloteo entusiasmado.

Van y vienen los mates y mi atención sube y baja como la proa de un bote avanzando en un lago con ondas. Miro las plantas, miro el termo, cebo mas mate, miro las plantas, paso un mate, escucho la conversación, piso descalza la tierra y contesto una pregunta que están haciéndome, volviendo a ver las sutilezas de pelos rojos.

Hacia un rato sentí que empezaría el día en un desayuno contemplativo y silencioso. No sale lo de silencioso, pero puedo ver el regalo de encontrar sutilezas para apreciar.





¿Cuándo fue la
última vez que
escribiste una
historia?



“ Te colocaste a mi lado y, de manera sutil pero precisa, me llegó un olor muy familiar. ”



EL OLOR A TI

Un cuento de Ruth Estrada Nicolás

Es muy extraño, reconozco que lo es; pararte aquí en medio del andén y soltarte todo esto, pero tengo que decírtelo, de verdad que sí, aunque roce la locura.

Verás...

Hace días que la vida me arrastra sin rumbo. La rutina me engulle a un ritmo frenético y todo tiene un color gris, insulso y, en definitiva, casi muerto.

A veces, incluso estando aquí, en el metro, sentada entre tantos cuerpos estáticos y rostros decepcionados, realmente me he llegado a imaginar que la vida haa dejado de tener color y que estamos todos teñidos por blancos oscuros o negros claros. De vez en cuando, algún músico entra en escena dentro del vagón, y durante unos minutos, el espectro se modifica y algún color vivo se cuela en el espacio. Pequeños espejismos a cuentagotas en mi día a día. Después todo vuelve a la penumbra habitual..

Pero el martes por la tarde te vi entrar. Al principio no me llamaste especialmente la atención, otro cuerpo gris que deambulaba sin aparente importancia. Pero te colocaste a mi lado y, de manera sutil pero precisa, me llegó un olor muy familiar.

Oh, guau. Olías exactamente igual que mi primer amor.

Y lo sé, a simple vista parece imposible. Si le pones lógica, quizá era el mismo olor de detergente y ya está. Era impensable que dos personas tuvieran olores corporales tan parecidos. Pero la cuestión es que ahí estabas. Un cuerpo totalmente distinto.



Una persona completamente extraña y, inesperada y confusamente, me transportaste de inmediato a una emoción muy concreta.

Y por arte de magia, el color apareció de forma instantánea en el vagón. Y mi cerebro, estúpido, enseguida lo codificó erróneamente: el amor había vuelto. Oh, de verdad, qué estúpidamente estúpido podía llegar a ser mi cerebro. Eso pensaba yo, y juraría que mi psicóloga probablemente también, aunque nunca lo diría, por supuesto.

Y fue entonces cuando supe que, a pesar de los años pasados, yo no lo había superado, cuando mi cerebro me recordó sin permiso que a aquel olor todavía lo quería.

Y es absurdo que esa imagen estuviera llena de color. Está claro que el corazón, para sentirse vivo, solo quiere sentir, lo que sea, pero sentir.



Tantas cosas pasaron por mi mente durante aquellos breves minutos mientras estabas a mi lado aquel día, regalándome aquel olor y aquellos sentimientos.

También una batería de recuerdos que tenía totalmente inaccesibles de forma voluntaria se colaron abruptamente en mi retina. Bruno y yo bañándonos en el mar desnudos, Bruno y yo corriendo del supermercado, escondiendo los chicles que, como dos adolescentes, habíamos robado. Bruno y yo comiendo tarta de chocolate y él pringándome la cara y luego comiéndomela a besos, Bruno y yo en la cama durante horas y horas sintiendo que el mundo desaparecía y solo existía nuestra habitación. Ay, Bruno y yo, felices.

Qué olor, el mejor olor.

Pero ahora Bruno no está. Miles de kilómetros y años de conflictos irresolubles nos separan. Y sí, pensaba que lo había superado, elaborado e incluso olvidado.

Pero el otro día te vi, mejor dicho, te oí, y vi que no. Que no solo no lo había olvidado, sino que yo necesitaba aquello. No a Bruno, él ya no está, lo intentamos y no funcionó. Lo que necesito es el amor. De verdad que sí, lo necesito.

Y aquel día te marchaste tan deprisa, y claro, yo no supe cómo ordenar todo aquello, ¡fue tan fuerte! Y hoy te he vuelto a ver, y no podía dejarte escapar.

Y de verdad, sé que es una locura, perdona que te aborde de esta manera, que te diga todo esto, medio temblando, aquí, en mitad del andén. Pero es que verás, yo he amado tu olor, probablemente aún lo amo. Y me preguntaba, me pregunto, de hecho, si querrías que fuéramos a tomar un café juntos, porque quién sabe, quizá en algún momento, en alguna fracción de segundo, tal vez tú también puedas acabar amando el mío.



ESTRELLAS

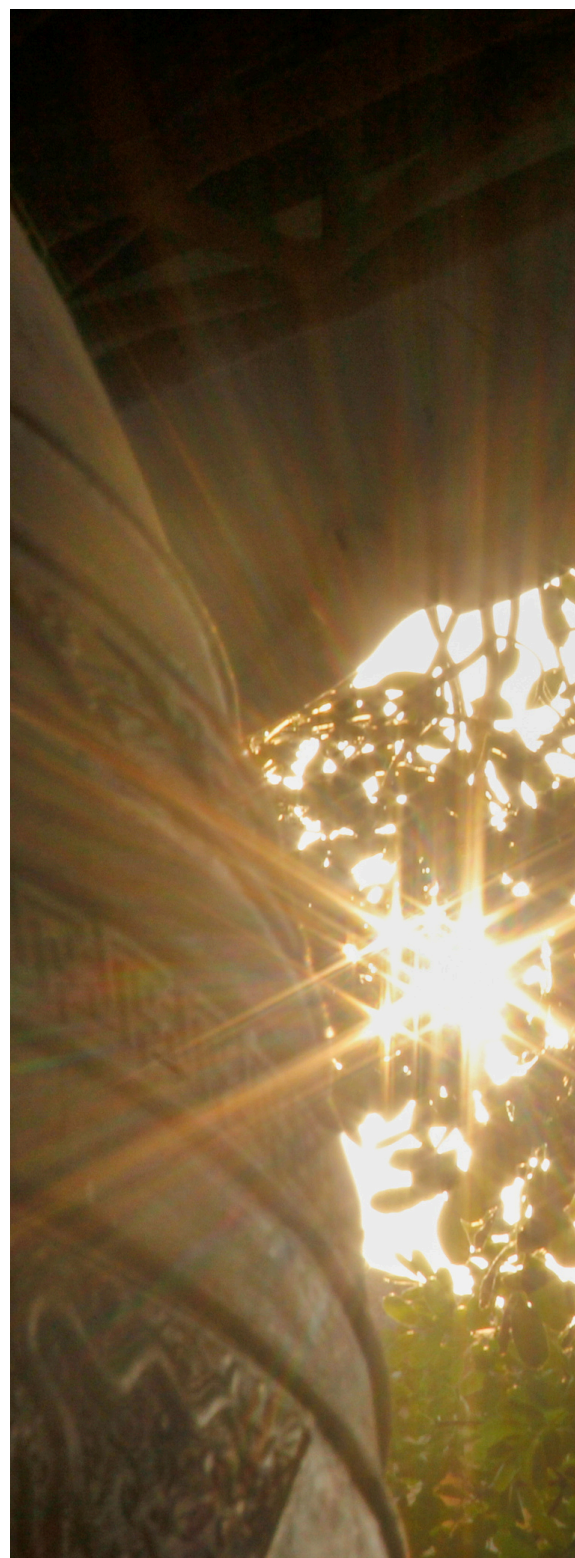
Un cuento de Cintia Panella

¡Como le gustan los relojes a papá!, su fetiche preferido, creo.

Mira la hora y le quedan unos pocos minutos para terminar el trámite online que está haciendo. Suena el timbre. Es el correo. Él esperaba el pedido: un reloj, claro. Es un regalo para su querido amigo Juan Carlos en su cumpleaños. Uno igual al que lleva puesto. El último de su colección, el que viene usando desde hace un tiempo, lleno de funciones que parecen inventadas por él mismo: un reloj de buceo para alguien que ama el agua, aunque nunca se metió tan hondo. Y fue el reloj, marcando las horas, el que hizo que comenzara una cuenta regresiva de conexiones, dolor, esperanzas, ilusión. Papá baja corriendo las escaleras porque los déspotas minutos que marcan la tarea que está haciendo ya quieren marcharse. ¿En qué momento les dio tanto poder a esos minutos que llevaron a sus pies a bajar así de atolondrados? Se le cruzan. Se cae. Su cabeza hace un estruendoso ruido que provoca que mamá salga a buscarlo, y lo encuentre tendido en el suelo.

Llegan los minutos, los segundos que anuncian que hay que llevarlo al hospital ya mismo. Llegan las horas que nos acercan a su lado. Y en la mesa junto a la cama veo su reloj. Me lo pongo para tener un pedacito de él cuando vuelvo a casa. Me queda grande en la muñeca y se mueve, haciéndose notar y dándome alegría por eso. Y como contestándome, empieza a sonar una alarma que no puedo detener. A las 4:44. Todos los días. Se anuncia, me saluda y sigue su camino. Cada día, a la misma hora, me trae a papá, el sonido de su cercanía. Durante cuatro meses me trae mensajes, señales, esa hora, seteada por él, para recordarle algo que yo no sé.

A veces, a esa hora, aparecían también las estrellas. No siempre. Nunca en el mismo lugar. Cuatro estrellas de mar, como dejadas ahí sin apuro: al lado de la bicicleta sin candado. Otra vez, camino al hospital, reflejadas en el vidrio del auto. Una mañana, al lado del café cortadito, todavía caliente. La cuarta nunca sabía bien dónde estaba, pero siempre eran cuatro. Nadie parecía verlas. Yo tampoco las buscaba.





Eran las estrellas de mar que papá nos regalaba en la playa: una para mamá, una para cada una de mis hermanas y una para mí.

Después de tantos meses de diálogo con “mi” “su” alarma decido sacar unos eslabones del reloj para que se ajuste más a mi muñeca. El japonés que trabaja con esmero extiende su mano para devolverme al representante de papá. Junto al reloj, deja la factura. En el membrete veo cuatro pequeñas estrellas. En ese mismo instante comienza a sonar el recordatorio misterioso de las 4:44. Y luego suena el teléfono, con una llamada de la clínica.

Me voy de la ciudad que lo despidió esta semana. Me voy a Misiones, para estar en la naturaleza plena que me recuerda sin ninguna alarma, lo que somos.

Me caen lágrimas que se confunden con la inmensidad de las cataratas en las que me siento sumergida. —“Esta inmensidad sos vos, papá”— me encuentro diciendo. En el preciso instante en que el viento arrastra las aguas empapándome en un abrazo que me acoge, y el sonido de la alarma vuelve a anunciar su presencia a mi lado. El agua sigue mojándome. No hay estrellas de mar esta vez. No hace falta

¿Por qué te atrapó lo que leíste hasta ahora?





AGOSTO

Un cuento de Ruth Estrada Nicolás



Agosto es mi mes preferido. Y eso que odio profundamente el calor. Creo que nunca terminás de acostumbrarte a la sofocación del verano. Pero al final esto lo olvido, siempre hay algo más potente que me hace enamorarme de agosto.

Recuerdo las siestas pegajosas en el pueblo durante mi infancia en agosto. Mi cara infantil, sudada, haciendo ventosa con la barriga de mamá. Los dos estirados en el sofá rígido de color rojo del comedor mientras sonaba de fondo alguna melodía de la radio que a papá le gustaba poner.

Ni mamá ni papá habrían comprado nunca un sofá rojo, con aquel color estridente que, de tan brillante que era, te impedía relajarte.

Es curioso como la costumbre suaviza los defectos, incluso los de un sofá. Y aquellos veranos para mí eran tan perfectos, que nada podía estropear el resplandor de los días lentos de agosto.

Al acabar la siesta de rigor, me esperaba en la calle Pau para ir a comprarnos un helado que nos ayudaba a soportar las altas temperaturas. De camino a la heladería solíamos hacer una carrera a toda velocidad con la bicicleta; casi siempre ganaba él, pero el sabor dulce de la vainilla me hacía olvidar en segundos mi derrota repetida, la verdad es que nunca he sido demasiado competitivo.

En la plaza del pueblo esperábamos a que llegara el resto del grupo para jugar.

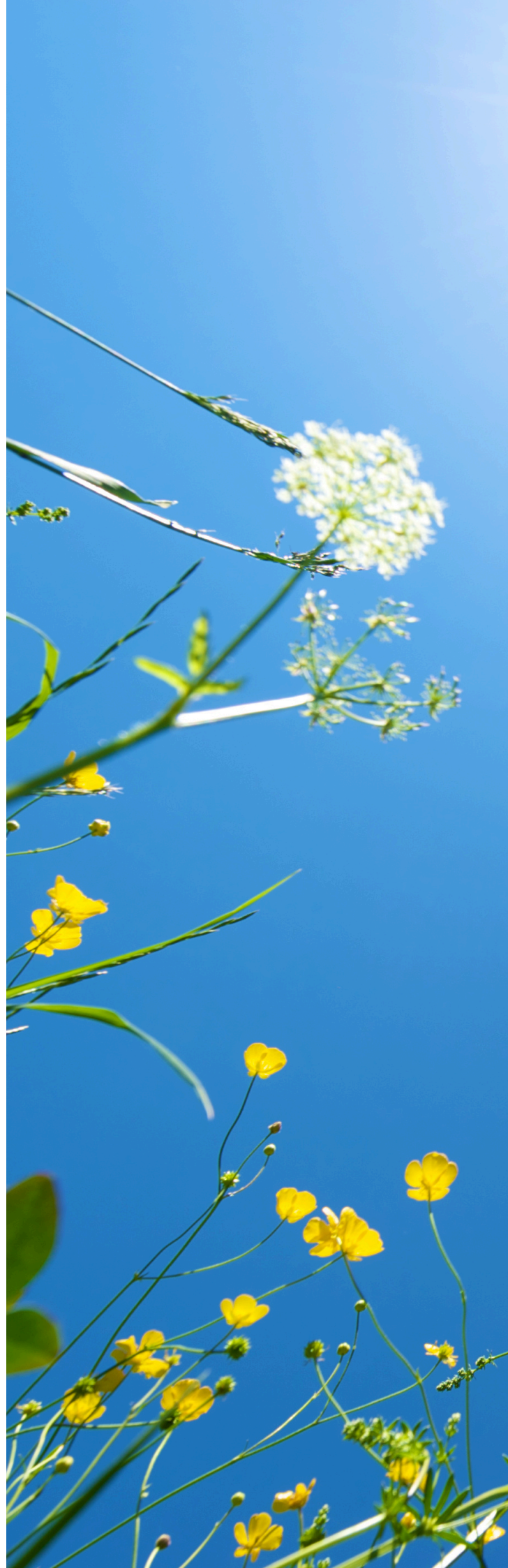
Era un misterio la espera. ¿Vendría Gerard? El chico con quien me reía sin parar con sus bromas. ¿Vendría Bruna? La chica que me gustaba y con quien, de vez en cuando, nos dábamos la mano cuando nadie miraba. ¿Vendría Tomàs? El niño pequeño que se sumaba a todo, a pesar de tener cinco años más que el resto, y que nos hacía adoptar a todos un rol protector y bajar el nivel obsceno de algunas de nuestras bromas.

Qué tesoro tan bonito recordar la improvisación de aquellas tardes sin móviles, sin mensajes de texto, sin comunicaciones indirectas avisando, pidiendo, preguntando, etiquetando. Sencillamente la voluntad y el impulso de unos, y la espera paciente y receptiva de los otros. La pureza de los encuentros genuinos.

Aquellos veranos en el pueblo siempre serán míos. Es cierto que añoro volver, añoro convertirme de nuevo en aquel niño sencillo que vivía el presente, cuando mi mayor ambición era construir una cabaña más grande que la del día anterior.

Así pues, agosto es mi mes preferido. Aunque odio el calor. Pero me devuelve para siempre a mis lugares amados. Y ahora que soy mayor, que mi ambición más grande, si lo pienso, quizá sigue siendo la de la cabaña, pero con vistas al mar, ahora con distancia siento que, en realidad, sigue siendo en agosto cuando puedo recuperar los días vividos. Cuando mi vida toma su forma auténtica y no hay prisas ni objetivos que la enturbien.

Sí, no hay duda. Agosto es mi mes preferido.





INVITACIÓN

Escribir es una aventura. Si querés sumarte, hay un lugar para vos.

Empezá hoy a desplegar tu creatividad y todas las historias que tenés por contar.

Contactame por whatsapp [tocando acá](#),

o por instagram en mi dirección Chechi_Ros

Espero que este eBook te inspire.

Gracias a las autoras que formaron parte del Compendio Volumen 5, por prestar sus textos para esta publicación.